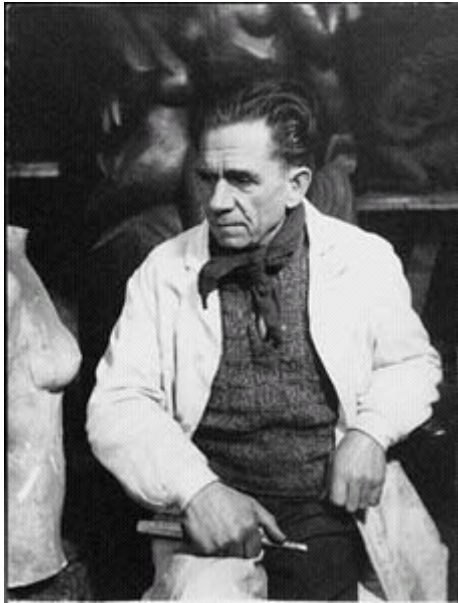


Jiří Hlušíčka: El escultor Josef Kubíček

RÉSUMÉ



El escultor Josef Kubíček (1890-1972) figura entre las personalidades más destacadas de la escultura realista checa de la primera mitad del siglo veinte. Aunque su trayectoria artística armonizaba con los acontecimientos sociales y las tendencias artísticas fundamentales de su época, asumió por su obra una posición solitaria en un contexto más amplio de la cultura nacional. Ello sucedió, ante todo, merced a las peculiaridades específicas del talento del artista y a su orientación ideológica; al mismo tiempo, fue consecuencia de las vicisitudes de su vida personal.

Josef Kubíček procede de una comarca la que por su emocionante belleza fascinó a una gran pléyade de pintores checos. Nació el 13 de marzo de 1890 en Slatina nad Zdobnicí, región somontana de Orlické hory, como uno de seis hijos de sus padres. El talentoso muchacho crecía en una familia cuya situación material dejaba mucho que desear y, por lo tanto, tuvo que abrirse paso luchando con tesón en su carrera artística. Una buena preparación para tan ansiado curso de la vida la adquirió en el taller del tallista Josef Rous de Žamberk donde aprendió el oficio que más tarde tuvo una considerable importancia para su expresión escultórica.

Poco después de terminar su aprendizaje, Josef Kubíček, con su hermano mayor Leoš, emprendió el viaje a Baviera para adquirir experiencias. Trabajó en un taller de artes sagradas en Augsburg; sin embargo, nunca entregó al olvido su firme decisión de hacerse escultor, muy al contrario, se seguía afirmando en su opción por repetidas vivencias que se llevaba visitando museos y galerías de Munich. En Munich ingresó también en la Escuela de Artes Aplicadas. Tras una estancia de cuatro años en Alemania, el joven aspirante a las artes progresaba en sus estudios en la Academia de Bellas Artes de Praga, concretamente en el estudio del profesor J. V. Myslbek; sin embargo, después de tres semestres lectivos volvió a Munich para terminar, en 1914, su formación en escultura en la Academia Real bajo la dirección del profesor Hermann Hahn.

Ejercieron influencia sobre la orientación creativa de Josef Kubíček no sólo sus años pasados en Praga y en Munich sino también la beca de estudios que obtuvo para el norte de Italia adonde viajó otra vez en compañía de su hermano Leoš. Allí le impresionó sobre todo el legado de Donatello, Verrocchio, Miguel Ángel Buonarroti y Giovanni de Bologna en cuyas obras halló un criterio altamente exigente para su futura actividad artística igual que un ejemplo de la responsabilidad creadora.

A poco que terminó el joven escultor sus estudios académicos, afrontó la aterradora realidad de la guerra mundial. Es verdad que se puso a salvo de las penas en trincheras, pero no escapó a los arranques de agobio y de pensamientos angustiosos que agitaban su imaginación y que imprimieron pronto un peculiar carácter a muchas de sus esculturas. Estas tuvieron origen primero en su lugar de nacimiento adonde tuvo que refugiarse durante la guerra. Entre sus obras que se caracterizan por afinación camerística, por la mayor parte retratos (Madre, 1916), se perfilan dos estatuas (Adán, Juventud, 1915) que simbolizan expresivamente los comienzos del creador incipiente. La universalidad creativa y la vitalidad de Kubíček las revela también el hecho de que se dedicaba, fuera de la labor escultórica, también a la pintura. Se lo facilitó la estancia en el palacio de Nová Ves u Chotěboře adonde fue invitado en 1915, él y su amigo el pintor Jan Trampota, por Jarmila Šťastná, protectora de artistas.

Sin embargo, Josef Kubíček no se mostró infiel a su misión de escultor. La época de la guerra acosaba con insistencia su sensibilidad artística y su conciencia. Dan testimonio de ello el bronce expresivo Compañero caído y las esculturas en madera cargadas de simbolismo fechadas en 1917 (Melancolía, Judit, Ángel de la Muerte, Furias). Los trágicos acontecimientos de la guerra se reflejaron directamente en una serie de grabados en madera que representan a hombres heridos, jinetes, refugiados y participantes en entierros o,



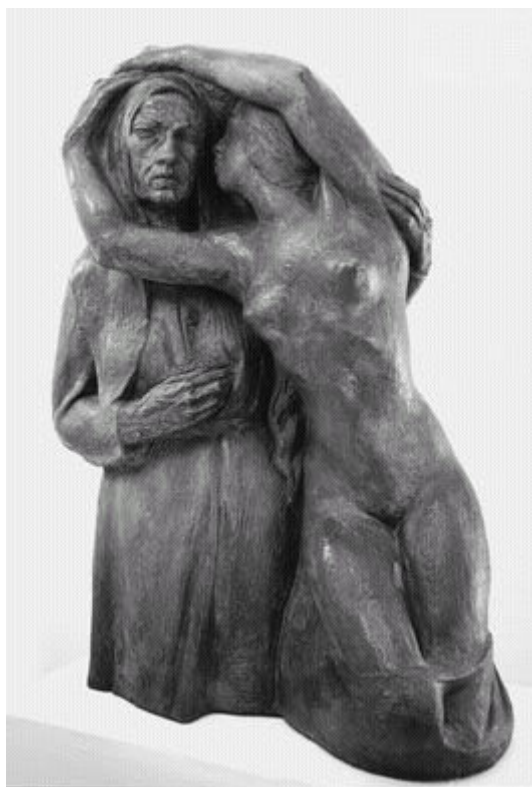
indirectamente, en hojas gráficas inspiradas en la mitología cristiana o griega y romana.

El artista encontró un hogar temporal en 1917 en Nové Hrad y Vysokého Mýta casándose allí con Marie Čiháková (1893-1980). El mismo año nació la hija Jarmila y en 1921 el hijo Jánuš, pintor en ciernes.

El trauma de la guerra se patentizó también en las estatuas de Kubíček, que se remontan a años posteriores, no sólo por una firme expresión artística (Sufrimiento de eslavos en la Guerra mundial, 1919; Jinete herido, Caída del aviador, 1920) o por una concepción alegórica (Fratricidio, 1921). La constitución de la República Checoslovaca y las nuevas circunstancias sociales establecieron la problemática de creación totalmente nueva dando ímpetu a la aspiración escultórica de Kubíček. Ello se refleja en la desviación del escultor de la motivación alegórica de su obra a favor de una expresión civil y a favor de una inclinación por asuntos sociales contemporáneos. Tal metamorfosis no se puede explicar tan sólo por la repercusión de las tendencias actuales las que se manifestaron también en el arte escultórico checo de la primera mitad de los años veinte en una ola de civilismo social, sino también y especialmente por la profunda simpatía que Kubíček sentía hacia la clase humilde. Por lo demás, esta moralidad suya se puede descubrir en toda su aspiración escultórica; ésta se revela igualmente en los ciclos de xilografías inspiradas por el paisaje y la vida de la Eslovaquia en vía de renacimiento nacional adonde el escultor solía ir con mucho gusto.

Para la realización de los proyectos escultóricos se le ofrecía al tallista cualificado muy especialmente la madera. Sin embargo, Kubíček enriquecía, en sus esculturas en madera, su experiencia artesanal merced a su concepto inicial y a su visión plástica original. Mediante una reducción en relieve de la composición formal de la realidad, logró una sugestiva expresión escultórica y gracias a la misma desplazó el tema elegido a nivel de un imponente acto artístico.

El año 1924 marcó un hito importante en la trayectoria artística igual que en la vida de Josef Kubíček; pasó medio año como becario en Francia. La mayor parte de su estancia la pasó en la Costa Azul donde se dedicó preferentemente al dibujo y donde encontró la inspiración para la estatua Hombres arrastrando cuerda. Prestó su interés también a las colecciones museísticas de París, sobre todo a las obras escultóricas de A. Rodin, E. A. Bourdelle, A. Maillot y A. Renoir. En otoño del mismo año, Kubíček se mudó con su familia de Nové Hrad para seguir viviendo en Brno. Por lo demás, desde hace años había mantenido vivos contactos con la capital morava ya participando en la exposición de Koliba, comunidad artística de Moravia, ya tomando parte en la fundación del Grupo de Artistas Plásticos el que desplegó gran actividad meritoria en la propagación de los principios del arte moderno en Moravia.



A mediados de los años veinte, se hacía cada vez más fuerte, en la creación de Kubíček, el afán de poetizar a la mujer. Ello resulta patente no sólo en sus esculturas en madera (Árbol de la vida, 1925) sino también en sus obras ejecutadas por la técnica de terracota (Alimentando las palomas, Bostezante, Muchacha con paloma, 1927) cuyo efecto oscila entre un modulado lírico y una forma contundente, libre de detalle. Esta escala expresiva facilitó al escultor dominar los temas bastante diferentes en cuanto al contenido (Recuerdo, Hombre y Mujer, 1928; Confesión, 1929; Madre con sus hijos, 1930).

Mientras que el tema de mujer y de muchacha aguzó la expresión melódica de las obras plásticas de Kubíček, la temática del trabajo agotador de hombres actualizó al elemento expresivo en sus terracotas. Este se impuso a caballo entre los años 20 y 30 mediante una cruda característica de las figuras de hombres (Cabeza del minero, 1929; Labores mineras, 1931; En el pozo de la galería, 1932) asimismo que mediante la aptitud de hallar el meollo de la escena dotándola de mensaje de gran trascendencia en la creación escultórica (Turno, 1929). La oportunidad de familiarizarse íntimamente con el ambiente del trabajo minero se la brindó al escultor la realización monumental de esculturas para el edificio de la Sociedad de Minas y de Metalurgia de Moravská Ostrava las que evocan la experiencia a la que había llegado antes el escultor belga Constantin Meunier. Un nuevo capítulo en la

trayectoria escultórica de Kubíček lo inició una grandiosa escultura en madera Triunfo (1929) que a pesar de su concepción dramática preanunció ya una serie de esculturas lírico-poéticas por medio de las cuales el artista superó la subsistente transposición primitivizante de la realidad en favor de la forma clásica. La lucha por llegar al

modelo clásico suponía, ciertamente, una constante puesta en equilibrio de contradicciones heterogéneas y un descubrimiento de nuevos procedimientos plásticos (Joven desnuda, 1930; Línea divisoria de la vida, Muchacho con bola, Dos mujeres, 1931). El resultado significativo de este esfuerzo fue Otoño (1930-1931), obra decorativamente impresionante que por alegorización de la fecundidad, rebasó en una apoteosis de la Naturaleza.

Una amplia base del interés artístico de Kubíček por el mundo lo manifiestan, hacia el año 1933, Mujer acostada, de carácter vitalista, por una parte, y Mujer ahogada, de sensibilidad social, por otra parte. Entre estos dos polos así personificados oscilaba en lo sucesivo la actividad del creador prevaleciendo más tarde, en la segunda mitad de los años treinta, la tonalidad trágica provocada por el temor ante el peligro fascista.

Precisamente en aquella agitada época, Josef Kubíček pudo apreciar el valor de la amistad. Visitantes frecuentes de su estudio en Královo Pole, barrio de Brno, fueron los pintores Jan Trampota, Ferdiš Duša y František Foltýn, el redactor Emil Pacovský, el escritor J. V. Pleva; el amigo muy especialmente bienvenido llegó a ser el poeta Jiří Mahen quien se interesó en la obra del escultor en calidad de intérprete sumamente sensible hasta los últimos momentos de su vida.

El acento grave de la obra de Kubíček culminó en una serie continua de realizaciones escultóricas que guardaban relación con el precipitado devenir de los acontecimientos políticos y anticipaban el sufrimiento del pueblo checo durante los años de la guerra (Sin suelo patrio, 1937; Accidente de minas, Suerte Negra, 1938; Mártir, Calvario, 1940). La dura experiencia que se había agregado, en el tiempo de la guerra, a la cognición del creador ya entrado en años, encontró repercusión en las estatuas que datan de la época de posguerra (Víctima, Mujeres abandonadas, 1945); al postre, sin embargo, el arte de Kubíček lo dominó la filosofía de lo positivo en la vida. Era sintomático que en sus esculturas fechadas a finales de su creación apareció el tema de la cosecha (Muchacha con uva, Muchacha con manzana, 1949-1950, Cosecha colectiva, 1951) igual que otros temas esencialmente humanísticos (Madre con hijo, 1950).

En todas las obras de Josef Kubíček se perfilan figuras de contornos puros, de gestos acusados y de caracteres bien definidos. Su eficiencia se debe a la capacidad del artista quien supo refundir los impulsos exteriores en forma escultórica la que se regía sea por el principio plástico, sea por el principio escultural; ello se manifestó en la inclinación alternativa del artista a la técnica de barro cocido y la plástica en bronce o a la escultura en madera. La escultura en madera realizada por el método de "taille directe" predominó posteriormente de modo que se puede considerar como aportación específica de Kubíček a la escultura checa de la primera mitad del siglo veinte.

El legado artístico de Kubíček presenta, en un principio, la conexión con la herencia del arte popular por una parte, y con la tendencia primitivizante de la plástica civilizadora contemporánea, por otra. Con la línea dominante del arte checo de entre las dos guerras lo une una fuerte propensión lírica asimismo que un insistente sentido de preocupación social que solían manifestarse en sus estatuas por hipérbole expresiva. Es verdad que, andando el tiempo, ésta iba cediendo al ideal clásico pero a fines de los años treinta, comenzó a imponerse con nueva intensidad. No obstante, ni las variaciones señaladas de las concepciones artísticas del creador lograron perturbar la unidad interna de su trayectoria escultórica la que acusa una independencia creativa y una firmeza de pensamiento del artista. Precisamente merced a este sello de personalidad, Kubíček supo enriquecer la tradición realista de la escultura checa moderna.



Traducción: Lubomír Bartoš